

JOSÉ VICENTE ALFARO



LA
FRAGILIDAD
DEL
CRISANTEMO



Dos hermanos pequeños se sumergen en la profundidad del bosque en busca de leña, cuando una extraña criatura alada se materializa ante sus ojos...

A partir de aquí se desencadena una vertiginosa trama de intriga y romance en el desconocido y deslumbrante Japón clásico del periodo Heian, cuya capital se convertiría en el centro cultural más floreciente del mundo, desarrollándose un culto a la belleza y un ceremonial cortesano como nunca antes se habían conocido.

El emperador, de origen divino y fuente absoluta del poder, gobernaba sobre una población empobrecida y una minoritaria aristocracia favorecida. Pero todos creían en seres sobrenaturales que influían directamente sobre sus vidas.

En este universo de leyenda tendrán lugar las aventuras de: Asatori, un humilde campesino; Katsumi, una erudita dama; y Tokinobu, un agente de la Guardia Ciudadana. Cortesanos, princesas, adivinos y guerreros se codean en esta vertiginosa narración que incluye personajes reales, como el emperador Kanmu o el comandante Sakanoue no Tamuramaro.

LA FRAGILIDAD DEL CRISANTEMO

José Vicente Alfaro

Para Nina y Domingo, por todo el cariño.

PREFACIO

De un modo u otro, todos conocemos o hemos oído hablar del Japón feudal, gobernado por poderosos clanes enfrentados entre sí y cuyas diferencias desembocaban en cruentas e interminables guerras protagonizadas por una legendaria estirpe de guerreros, cuya fama se extiende hasta nuestros días: los samuráis. Sin embargo, a dicha era le precedió un tiempo no tan conocido, pero no por ello menos apasionante, durante el cual Japón viviría un largo período de relativa paz, y su principal ciudad se convertiría en el centro cultural más floreciente del mundo después de la capital china.

El período Heian dio comienzo a finales del siglo VIII, cuando el emperador Kanmu trasladó la capital de Japón a Heian-kyō —actual Kioto—, culminando así la implantación de una importante reforma que se había llevado a cabo durante el siglo anterior, encaminada a crear un estado burocrático centralizado según el modelo chino, con el fin de unir a la nación y concentrar todo el poder político en manos de la Corte Imperial. Uno de los aspectos más destacados de la Gran Reforma consistió en declarar la tierra de dominio público y conceder una parcela a cada súbdito para que la explotase hasta su muerte, con el correspondiente pago de los impuestos al gobierno central. Asimismo, se impuso un código de leyes penales y administrativas denominado *Ritsuryō*, destinado a regir la vida de las diferentes provincias en que se había dividido el país.

Al emperador se le atribuía la fuente absoluta del poder, tanto secular como religioso, pues su linaje se remontaba a los tiempos remotos pertenecientes a la historia mítica nipona, que lo acreditaba como descendiente directo de la diosa Amaterasu Okami, considerada la divinidad del sol y la deidad suprema de la nación.

Aunque la población total del Japón de la época rondaba los cinco millones, el auge cultural que marcó el período Heian surgió y se desarrolló únicamente en la capital, habitada por menos del uno por ciento, y se restringió únicamente a la poderosa aristocracia, que gozaba de un incomparable estatus de privilegio frente a la plebe, desdeñada y empobrecida. En aquel particular contexto se originó una cultura cortesana propia que impregnaría la vida de la nobleza hasta el más mínimo detalle, y también se produjo una formidable explosión de la creatividad artística, sobre todo en el campo de las letras, y muy especialmente en el de la poesía, que ocupaba un lugar central en la vida cotidiana de las clases altas —pues constituía una parte esencial de las ceremonias de cortejo— y cuyo dominio resultaba indispensable para progresar en aquel mundo.

La clase dirigente, que se consideraba superior al resto de la población, se caracterizaba por dos aspectos contrapuestos que definían su actitud y su forma de pensamiento. Por un lado, desarrolló una fascinación por el refinamiento, la pompa, la solemnidad y el complejo ceremonial cortesano. Y, por otro, cultivó una sensibilidad artística íntimamente ligada a la melancolía, la fugacidad de las cosas y lo efímero de la belleza, una visión influida por el concepto budista de la transitoriedad y las cuatro nobles verdades del sufrimiento. Durante dicho período, aristócratas y cortesanos desarrollaron un culto a la belleza y una regla del buen gusto como jamás se había conocido hasta la fecha en ninguna parte del mundo, hasta el punto de hacer de los mismos el eje de su existencia, por encima incluso de la ética o la moral.

A nivel religioso, el sintoísmo constituía el credo autóctono del país desde sus orígenes. No obstante, el budismo se había introducido en el territorio desde hacía un par de siglos, y se había extendido sobre todo entre las élites. Ambas religiones coexistían pacíficamente, pues se había producido un proceso de sincretismo, facilitado por el carácter conciliador del tipo de budismo que había llegado a Japón desde China y Corea.

Toda la sociedad de la época, tanto la nobleza como el pueblo llano, era profundamente supersticiosa. Algunas supersticiones estaban relacionadas con la brujería, la nigromancia y otras prácticas ocultistas. Y, en otros casos, se asociaban a la firme creencia en espíritus, demonios y toda clase de seres sobrenaturales, derivados del antiguo folclore nativo, de origen oscuro e incierto.

Además, Japón fue también depositario del legado de las artes marciales de origen oriental, procedentes de India y de China, y asociadas siempre a métodos y filosofías religiosas, bajo cuya influencia y desarrollo alcanzaron su mayor grado de expresión y perfeccionamiento. En particular, el período Heian sería testigo de la aparición de la clase samurái, así como del nacimiento de los igualmente temidos monjes guerreros.

El período Heian, que comprendió la última etapa de la era clásica de la historia japonesa, se prolongó hasta finales del siglo XII, tiempo durante el cual sufrió todo tipo de transformaciones, hasta que finalmente se produjo el derrumbamiento del sistema político y se instauró el primer *shogunato* de su historia, régimen que se extendería nada más y nada menos que hasta la segunda mitad del siglo XIX.

INTRODUCCIÓN

Provincia de Yamashiro. Japón. Inicios del siglo IX d. C.

Siguiendo las instrucciones de su padre, los dos niños se internaron en el bosque para recoger algo de leña.

No debían alejarse demasiado de la aldea ni entretenerse por el camino. Aún era de día y, siempre que se diesen prisa, no correrían ningún peligro. Los niños, sin embargo, ambos hermanos de diez y once años, fueron incapaces de sustraerse a su propia naturaleza y comenzaron a jugar a perseguirse y a corretear detrás de las ardillas. Una cosa llevó a la otra, hasta que enseguida perdieron la noción del tiempo como un astrónomo observando las estrellas.

Sin darse cuenta, habían ascendido por la sierra siguiendo un sinuoso sendero flanqueado por zarzas, arbustos y flores silvestres, alfombrado de hojarasca y agujas verdes que se levantaban en el aire formando pequeños remolinos con cada ráfaga de viento.

—Tendríamos que volver —dijo el mayor de ellos, poniendo al fin algo de sensatez.

Aunque el sol aún no se había puesto, se hallaban en mitad de un denso bosque de cedros que apenas dejaba pasar la luz.

—Tienes razón. Creo que nunca antes habíamos estado aquí.

Antes de dar un paso, una neblina se deslizó entre la espesura y se mezcló con la penumbra que reinaba en la arboleda. Simultáneamente, el gorjeo de los ruiseñores cesó

de repente y el zumbido de los insectos se redujo hasta casi desaparecer. El sobrecogedor silencio se vio interrumpido por unas siniestras risas, semejantes al lamento de las hienas. Los niños sintieron extrañas presencias y percibieron sombras huidizas por el rabillo del ojo.

—Tengo miedo —confesó el hermano menor.

—Yo también. Regresemos cuanto antes.

Entonces fue cuando una criatura alada con forma humana se materializó en mitad del camino.

—¡Un *tengu*! —exclamaron a la vez.

Los niños se giraron y echaron a correr despavoridos. Sin embargo, a los pocos pasos, el más pequeño de ellos se tropezó con una piedra y se dio de bruces contra el suelo. Al principio, el mayor ni siquiera se dio cuenta, hasta que escuchó un llanto desesperado justo detrás de él. Su hermano se dolía de la caída y trataba de ponerse en pie, pero le resultaba imposible porque se había torcido un tobillo.

Su primer instinto fue el de acudir en su ayuda. El *tengu* se desplazaba con parsimonia, y él estaba seguro de poder llegar a su hermano antes de que lo hiciese aquella espantosa criatura con sus manos acabadas en garras. Con todo, su planteamiento se vino abajo en cuestión de segundos. De pronto, otro *tengu* surgió de la maleza, y un tercero lo hizo desde las alturas, desplegando sus majestuosas alas al tiempo que emitía un espeluznante graznido.

Horrorizado, el niño observó cómo los monstruos rodeaban a su hermano, y ya no vio más nada porque enseguida emprendió una desesperada huida para evitar ser el siguiente. A su espalda, las siluetas de aquellos tenebrosos seres danzaban y emitían horrendos chillidos, mientras se confundían en la vaporosa tiniebla que se había formado en aquella parte del bosque.

El trayecto de vuelta lo recorrió sumido en un incontrollable llanto, y cuando por fin alcanzó la aldea y contó lo que había pasado, nadie dudó de su relato. Durante los úl-

timos años, los temibles *tengu* habían raptado a decenas de niños a lo largo y ancho de toda la provincia. Los aldeanos, impotentes y asustados, habían adoptado todas las precauciones posibles, pero nada de lo que hiciesen parecía ser suficiente. Y, mientras tanto, las autoridades oficiales no hacían nada para resolver el problema. Ni buscaban a los niños secuestrados ni tampoco tomaban medidas para impedir que más raptos se produjesen. Los *tengu*, tan aterradores como esquivos, no constituían un enemigo corriente al que poder enfrentarse por los medios habituales. Y las víctimas, todas ellas pertenecientes a la clase más baja posible, eran demasiado pobres e insignificantes como para que a las autoridades les importase.

Ante semejante escenario, los aldeanos habían perdido cualquier atisbo de esperanza. Y, si nada cambiaba, estaban convencidos de que aquella pesadilla estaba condenada a repetirse cada cierto intervalo de tiempo, al menos mientras los *tengu* se mostrasen igual de insaciables.

Y, por desgracia para ellos, todo apuntaba a que no se equivocaban...

PRIMERA PARTE

De haber sabido
que el amor tanto apena,
me hubiera hecho
rocío de la tarde
que al alba se deshace.

KAKINOMOTO NO HITOMARO
(662-710)

1

Asatori se sirvió un cuenco de verdura picada con arroz y se sentó sobre la vieja estera que cubría parte del suelo para compartir la frugal cena junto a su padre.

La cabaña carecía de mobiliario y, como la de cualquier otro aldeano, no era más que una precaria construcción de tabiques de madera y techo de paja. El campesinado, pese a constituir la mayor parte de la población y producir la totalidad de la riqueza del país, llevaba una existencia miserable y se hallaba sumido en el analfabetismo más absoluto. Sus vidas se reducían al fatigoso trabajo diario que les exigía el campo, y entre sus únicas distracciones tan solo se contaban los festivales sintoístas relacionados con el ciclo agrícola, así como las bodas y los nacimientos.

—La familia del crío desaparecido se encuentra hundida por completo —dijo Katsuro—. Y su hermano, el que logró escapar por los pelos, sigue muerto de miedo tras haber presenciado el rapto.

—Ya son demasiados los niños que los *tengu* han secuestrado —repuso Asatori mientras devoraba el arroz—. ¿No se puede hacer nada por evitarlo?

—Salvo procurar mantener a los críos alejados de los bosques, poco más se puede hacer. ¿Qué posibilidades tenemos simples hombres como nosotros de enfrentarnos a seres que habitan una realidad distinta de la nuestra?

Lejos de resultar extraña, la aseveración manifestada por Katsuro reflejaba el pensamiento de toda la sociedad, tanto de la población rural como de la urbana, incluida la

propia aristocracia. Bajo la denominación genérica de *yokai* se englobaba a todo tipo de demonios y criaturas sobrenaturales que desde tiempos inmemoriales formaban parte del folclore japonés. No todos los *yokai* eran malignos, también los había que socorrían a personas en peligro o daban buena fortuna. No obstante, la mayoría tenían malas intenciones y lo mejor que uno podía hacer era mantenerse alejado de ellos. Solían habitar en las zonas remotas de la naturaleza, y entre los más populares —además de los *tengu*— también se hallaban los *kappa*^[2] y los *oni*^[3]. En una época en la que todavía la conciencia de mitos y leyendas impregnaba la mentalidad de los lugareños, todas aquellas monstruosas criaturas resultaban tan reales como podían serlo una vaca, un oso o una luciérnaga.

—¿Crees que los *tengu* devolverán al crío que se han llevado? —preguntó Asatori.

—Por lo acontecido hasta ahora, no parece probable —replicó Katsuro, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

De los *tengu* se decía que tenían predilección por raptar a los niños pequeños, a los que solían devolver en perfecto estado al cabo de un tiempo, buena parte de las veces. Sin embargo, lo cierto era que nada se había vuelto a saber de los críos que habían desaparecido durante los últimos años, cuyos cadáveres no se habían encontrado, por lo que tampoco podía descartarse la posibilidad de que todavía siguiesen con vida.

Katsuro miró a su hijo con ternura, y se sintió agradecido de poder tenerle a su lado. Actualmente, Asatori ya tenía dieciocho años, pero a los diez, mucho antes de que tuviese lugar la presente ola de secuestros, él también desapareció una tarde en el bosque sin dejar el menor rastro. Aunque no hubo testigos, todos dieron por hecho que los *tengu* se lo habían llevado. De hecho, lo que definitivamente confirmó las sospechas de los aldeanos fue que Asatori reapareció al cabo de un año, sin haber sufrido el menor

daño y como si nada hubiese ocurrido. Asatori no recordaba dónde había estado ni quién o quiénes lo habían retenido durante aquel lapso de tiempo en que nada se había sabido de él. Lo cual, en realidad, encajaba con el modo de actuar de los huidizos *tengu* y su afición por los secuestros de duración limitada.

—Yo me ocupo de recoger los platos —dijo Asatori cuando terminaron de comer.

Katsuro asintió con la cabeza y, tras darle las buenas noches a su hijo, se acostó en un lecho situado en un rincón de la estancia. Se quedó dormido en menos de un minuto, completamente exhausto tras una dura jornada de trabajo.

Asatori fregó los cuencos y apagó el fuego que habían usado para cocinar. Luego se tendió en la cama, pero no cerró los ojos de inmediato. A través de la ventana se colaba un retazo de luz de luna que teñía el suelo de blanco. El joven campesino se sentía muy desdichado. Desde su insólito regreso tras el secuestro del que había sido víctima, el resto de la aldea lo había tratado como si fuese un apestado. Los otros niños dejaron de jugar con él debido a la expresa prohibición de sus padres. Tras haber permanecido con los *tengu* por espacio de un año, Asatori se había convertido en una especie de ser maldito con el que nadie quería relacionarse, como si él mismo fuese una de aquellas criaturas sobrenaturales o se hubiese contagiado de la maldad que se les adjudicaba. Desde entonces, únicamente su familia lo había apoyado: sus padres y su hermana mayor.

Para su desgracia, con el paso de los años Asatori había recibido dos reveses más. Primero fue la muerte de su madre, cuyos problemas de salud ya venían de largo. Y, un tiempo después, la partida de su querida hermana, que hasta entonces jamás se había separado de su lado y le había brindado el cariño que nadie más le daba. El matrimonio pactado con un pescador de una aldea costera la había alejado definitivamente de él.

Asatori llevaba un tiempo dándole vueltas a la idea de abandonar la aldea y comenzar de cero en otro sitio. Si se quedaba, jamás podría casarse ni formar una familia, y cuando su padre también le faltase se enfrentaría a la soledad más absoluta. Sin embargo, aquella posibilidad implicaba serias dificultades. Si se trasladaba a una aldea cercana, los rumores se extenderían con rapidez y muy pronto sus nuevos vecinos sabrían quién era, y sería como si nada hubiese cambiado. Y si emprendía un viaje de mayor calado, más allá de los confines de la provincia, el gobierno central no se lo pondría fácil, porque solía requerir a los viajeros algún tipo de identificación que él no tenía. Y, aunque lograrse superar los controles fronterizos y recalar en una población donde nadie lo conociera, ¿de qué iba a vivir sin unas tierras propias que labrar?

También había considerado la opción de ingresar en un monasterio budista, como hacían ciertas familias con algunos de sus hijos cuando ya tenían demasiadas bocas que alimentar. No obstante, la vida monacal no le atraía lo más mínimo. Aunque algo bajito, Asatori era un muchacho atlético y de constitución robusta, dotado de una privilegiada combinación de habilidad y fuerza física que le capacitaba especialmente para los trabajos de tipo manual. Por lo tanto, la perspectiva de pasarse el resto de sus días encerrado entre cuatro paredes, dedicado a orar durante la mayor del tiempo, no le parecía la mejor alternativa. La vida religiosa le haría sentir igual de desgraciado.

Asatori dejó caer los párpados, que ya comenzaban a pesarle. Tenía los ojos de color avellana, la nariz achatada, y su fuerte complexión física contrastaba notablemente con su rostro aniñado. Los ronquidos de su padre resonaban por toda la estancia, pero él ya estaba acostumbrado. Cayó rendido al sueño en pocos minutos.